

UNA RECIENTE EDICIÓN DE LAS OBRAS MENORES DE TÁCITO

JOSÉ LUIS MORALEJO, *Tácito, Vida de Julio Agrícola. Del origen y situación de los germanos. Diálogo sobre los oradores*. Prólogos, texto revisado, traducciones, notas e índices, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2017, ccclxii+173 pp. [dobles], ISBN 978-84-00-10219-7, e-ISBN 978-84-00-10220-3.

Casi 40 años después de habernos ofrecido la mejor traducción española de los *Anales* de Tácito (en adelante T.), el profesor José Luis Moralejo se ocupa ahora de las *Obras menores* del gran historiador, que ha editado, traducido, anotado copiosamente y largamente prologado para la colección “Alma Mater” del CSIC.

Tras el breve “Prefacio” de rigor en el que Moralejo (en adelante M.) ya entra en materia al subrayar el “carácter de únicas” de cada una de esas obras –biografía histórica en el caso del *Agrícola*, monografía etnográfica en el de la *Germania* y “unicidad”, en cuanto a lo singular de su asunto y de su estilo, del *Diálogo sobre los oradores*–, se disponen sucesivamente las tres obras precedidas cada una de su prólogo: *Agrícola* (xvii-cxi + 1-48, estas dobles), *Germania* (cxiii-ccxx + 49-99, estas dobles) y *Diálogo* (ccxxiii-ccclxvii + 101-159, estas dobles). Las obras se presentan en el orden tradicional por más que M. declara aceptar la tesis de Murgía que considera el *Diálogo* como la primera escrita de las tres (xviii). El volumen se enriquece también con dos mapas, uno de Britania (xvi) y otro de Germania (cxiv), y se corona con un *Index nominum* de las tres obras (161-173).

En primer lugar, examinaremos los tres extensos prólogos, después haremos algunas observaciones sobre el texto y el aparato crítico, y por último, comentaremos brevemente algunos aspectos de la traducción y las amplias notas que la acompañan¹.

¹ José Luis Vidal se ha encargado fundamentalmente de la revisión de los prólogos, traducciones y comentarios. A cargo de Pere Fàbregas han corrido los comentarios sobre la transmisión textual y la crítica del texto. Naturalmente, ambos autores son solidariamente responsables del conjunto de la recensión. Los autores quieren dar testimonio de su agradecimiento a la Fondation Hardt (Vandoeuvres, Ginebra), en cuya sede se gestaron parte de estas páginas. Por otra parte, el trabajo se inscribe en el proyecto de investigación FFI-2013-41056-P del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (España).

LOS PRÓLOGOS

Agrícola

En su introducción a la *Vida de Julio Agrícola* (*Agr.* en adelante) M. destaca, al ocuparse de la cronología de la obra, la tesis “innovadora” de Tscherniak según la cual *Agr.* nace como parte de una historia de la época flavia que T. no llegó a escribir (xviii). Se ocupa a continuación de la figura de Julio Agrícola, cuya biografía traza brevemente siguiendo sobre todo las fuentes proporcionadas por Syme (xix-xxii). T. entra en la vida de Agrícola cuando formaliza su matrimonio con la hija de este, lo que explica el breve tratamiento conjunto (xxii-xxv) que M. dedica a esas dos figuras, a su medio y a su época.

Al ocuparse a continuación del género literario y el objetivo del *Agr.* (xxv-xxxvi), M. vuelve sobre su a nuestro juicio acertada opinión de que el carácter de *unicum* de la obra se explica porque se sitúa en “la encrucijada de varios géneros”, la historiografía, la biografía y el “estrato más viejo y autóctono de la oratoria romana, el de las *laudationes fúnebres*” (xxvi). Repasa a continuación el autor el “vaniloquio filológico” (Marchesi) que se ha producido sobre ese tema del género literario del *Agr.* y se inclina por aceptar la opinión de Petersmann, quien prefiere hablar de la “forma literaria” más que del “género literario” de la obra, opinión que M. enriquece con la consideración de *consolatio* que tiene su epílogo. El problema del encuadramiento genérico del *Agr.*, advierte M., viene imbricado con el de las intenciones de T. al escribirlo. Salta a la vista su carácter apologético, no solo de la conducta de Agrícola, sino de la propia de T. durante la tiranía de Domiciano, que vienen justificadas –no sin un punto de vergüenza propia– frente a las inútiles actitudes de los “mártires” que considera indebidamente apreciados. M. reseña, entre las copiosas opiniones de los estudiosos, las que advierten en la obra otros objetivos: desenmascarar la propaganda del falso éxito de Domiciano sobre la Germania contrastándola con la realidad de la obra realizada por Agrícola en Britania, y, al mismo tiempo, elaborar un manifiesto del imperialismo romano que justifique la dominación de Britania. Da cuenta el autor a continuación de las opiniones que señalan también como intención de T. el dar rienda suelta al rencor y los resentimientos del propio T. y de su suegro que convergen en la figura de Domiciano, así como de otras “variantes hipercríticas de la exégesis del *Agricola*” que M. denomina –con aguda y erudita utilización de palabras de Karl Popper– “hipótesis ‘no falsables’” (xxxvi).

En el apartado dedicado las fuentes literarias, lengua y estilo del *Agr.* (xxxvi-li), después de hacer justicia de los importantísimos trabajos de Wölflin, que abrieron nuevas vías –“bahnbrechende” como gusta decir M. aquí y en otros casos, rindiendo tributo a lo sólidamente germánico de su formación– en la investigación de estos temas, M. señala la confluencia de una doble tradición, la retórica y oratoria que Cicerón representa de manera señera, y

la historiográfica de Salustio. Pasa revista a continuación a la deuda del *Agr.* con la prosa oratoria y retórica del Arpinate, citando numerosos ejemplos y recogiendo las opiniones de los que ven también una influencia, aunque menor, del uso ciceroniano en la sujeción, ciertamente discreta, a las cláusulas métricas, aspecto que sería desechado posteriormente en la obra mayor del autor. De la deuda con Salustio se señalan el uso del infinitivo histórico, la inserción de digresiones para separar los episodios narrativos (rasgo este que también puede deberse a la influencia de Livio), el uso de *sententiae* y el carácter de algunos discursos. En menor grado se ejerce la influencia de Livio, aunque es más notable en el *Agr.* que en las obras mayores. Ahora bien, subraya M. que otros rasgos de estilo no pueden ponerse a cuenta de la influencia de aquellos y otros autores que cita. Son los propiamente tacíteos que en esta obra menor ya se pueden rastrear y que luego pasarían a ser propios del estilo de T. Recoge entre ellos, la preferencia de la *uariatio* sobre la *concinnitas*, rasgo del que da abundantes ejemplos (xlvii) con escrupulosa cita, en su caso, de los estudiosos que los han detectado –es este, el cuidado en mencionar las fuentes secundarias, un proceder constante en M., un ejemplo, entre otros muchos, de la honestidad científica que lo caracteriza–; añade el influjo del carácter epigramático de la prosa de Salustio, lo que da lugar a las famosas *sententiae* que rematan los periodos de T., algunas de las cuales siguen utilizándose en nuestros días; finalmente señala la *brevitas* como la característica general de la prosa tacítea. Es precisamente estudiando en el *Agr.* esos rasgos de lo que, remedando a Fraenkel, podríamos llamar “tacíteo en Tácito” como Murgia descubre, señala M., que “los vestigios de las fuentes aludidas parecen haber llegado precisamente por vía del *Diálogo [sobre los oradores]*”, lo que le lleva a considerar el *Diálogo* como primera obra de T., opinión que convence a M. quien además señala que la consiguiente datación de esa obra en el 97 permite respetar la tradicionalmente admitida para el *Agr.* del 97/98 (xlviii-xlix). Finalmente M. hace una “referencia singular” al parecer de Forni, quien rechaza la *communis opinio* sobre las fuentes literarias del *Agr.* y señala que se trata más bien de lugares comunes. Finaliza este apartado M. con la cita de dos representativos ejemplos de estilo elegidos por Woodman, uno del estilo periódico de ascendencia ciceroniana (*Agr.* 35.4) y otro de carácter típicamente salustiano (20.2), “en suma”, concluye acertadamente M., “dos estilos, los de Cicerón y Salustio, el segundo de los cuales se impondría en la prosa madura del historiador”.

En el apartado dedicado a las fuentes documentales del *Agr.*, M. establece una primera división entre aquellas que T. pudo recabar directamente de su suegro, Agrícola, y del medio familiar y próximo al biografiado y las fuentes escritas, “históricas, geográficas y etnográficas” especialmente las referidas a Britania (liii-lvi). Entre ellas cabe señalar en primer lugar –aunque T. no lo reconozca *expressis uerbis*– a César; en seguida las dos fuentes que sí cita, una parte para nosotros perdida de Livio y el también perdido historiador Fabio

Rústico. Noticias geográficas y etnográficas pueden proceder posiblemente de autores griegos como Estrabón, Píteas de Marsella y de latinos, señaladamente Plinio el Viejo y Pomponio Mela.

El apartado dedicado a la tradición ms. del *Agr.* (lvi-lxiv) está fundamentalmente centrado, como es lógico, en la larga y complicada discusión sobre si el cuaternión en letra carolingia (ff. 56-63 = *Agr.* 13.1 *munia* - 40.2 *missum*) del codex *Aesinas* (que, aunque resulta prácticamente ilegible, se conserva en Roma, Biblioteca Nazionale, Vitt. Emm. 1631) puede o no identificarse con los restos del perdido códice *Hersfeldensis*, del que derivan, de una forma u otra, los otros tres manuscritos del *Agr.* (**A**, **B** y **T**, s. XV) y también los suplementos del s. XV del *Agr.* en el *Aesinas* (ff. 52-5 y 64-5). Aunque M. no deja de señalar los argumentos en contra de tal identificación, se inclina finalmente por aceptarla como hacen, con buenas razones, la mayoría de estudiosos. M. designa, siguiendo a Ogilvie², la parte carolingia del *Aesinas* con la sigla **E** y la parte humanística con **e** (cf. lxxxv). Se echa en falta algún comentario adicional sobre el valor de las lecturas de **E**², contemporáneo de **E**¹. En opinión de Delz³, dichas lecturas debían de proceder de otro códice, lo que parece razonable, teniendo en cuenta que **E**² mezcla errores evidentes (e.g. 16.2 *dubius*; 25.1 *uinum*) y lecturas buenas (e.g. 18.1 *aestate*; 19.4 *exactionem*; 20.1 *incuria*). Precisamente, las variantes alternativas presentes en el *Hersfeldensis* facilitaron la contaminación en la transmisión humanística del *Agr.*, lo que hace casi imposible determinar de forma clara e incontrovertible la filiación de esos códices.

El más largo de los apartados del prólogo al *Agr.* es el dedicado a la pervivencia de la obra (lxiv-lxxx) y en él da pruebas M. de su amplio conocimiento de la historia de las literaturas europeas y de las ideas, de su dominio de la bibliografía y de su vasta cultura. Abre M. este apartado con la referencia obligada al tacitismo, cuyos primordios en los quinientistas florentinos, Maquiavelo y Guicciardini, señala. Ciertamente el *Agr.* con dificultad se podría considerar como una fuente de esa tradición, “dada su condición de *opus minus*”, pero M. nos sorprende con una muestra curiosísima de los vericuetos por los que puede discurrir la tradición clásica: las *Grampian Mountains*, en Escocia, deben su denominación a un error de lectura *montem Grampium* del correcto *montem Graupium* de los mss. en *Agr.* 29.2 y el error, además, viajó “hasta los antípodas para dar nombre a las *Grampian Mountains* de Australia”.

Después de tan jugoso aperitivo el lector puede acopiar fuerzas para seguir el curso de la pervivencia del *Agr.* (lxiv-lxxx), viaje para el que M. sigue la

² M. Winterbottom, R. M. Ogilvie (edd.), *Cornelii Taciti opera minora* recogeverunt brevisque adnotatione instruxerunt, Oxonii 1975 [*Agr.* rec. Ogilvie, *Germ.* et *Dial.* rec. Winterbottom].

³ I. Delz (ed.), *Corneli Taciti libri qui supersunt*, Tom. II, Fasc. 3, *Agricola*, Stuttgartiae 1983, iv.

guía de López-Cañete, sin renunciar, claro está a sus propias aportaciones. Después de un rápido recorrido por la incierta presencia de la obra de T. en la Antigüedad y en la Edad Media, es a partir del Renacimiento cuando, *codice Hersfeldensi mediante*, comienza la verdadera fortuna del *Agr.* Humanistas empeñados en escribir historias nacionales en Inglaterra y Escocia lo utilizan de forma especial, tanto que más tarde se convertiría “en referencia obligada del nacionalismo escocés” y, por este camino, llegaría hasta percibirse en el Acta de Unión de 1707 “cuya revocación, por cierto”, añade M. en una de esas pinceladas eruditas, curiosas y a veces finamente irónicas, “se ha replanteado recientemente”. Una forma particular de recepción del *Agr.* especialmente en el ámbito anglosajón subraya la oposición entre el *imperium* (naturalmente el romano) y la *libertas* (aquella por la que lucharon los britanos dominados por Roma). No es de extrañar que entonces el *Agr.* fuera reivindicado tanto por los defensores del imperialismo (por supuesto, británico) como por sus críticos. Sigue M. con un nutrido repaso a la pervivencia del *Agr.* en el ámbito anglosajón durante los siglos XVII al XIX y aquí de nuevo nos sorprende con una interesante y en muchos aspectos curiosa noticia de esa pervivencia en las épocas victoriana y eduardiana, con estupendas referencias a Disraeli, Gladstone, Lord Kitchener, N. Chamberlain y, al final, de la mano de su yerno, el nefasto teórico racista Houston Stewart Chamberlain, al mismísimo R. Wagner, un final de la excursión que nos parece especialmente oportuno a los que firmamos esta nota.

Sin embargo, se echan de menos aquí noticias de la pervivencia del *Agr.* en los autores del Continente –con excepción, claro está, de España, de la que pasa a ocuparse a continuación (lxxviii-lxxix). No sabemos si esta laguna tiene su razón de ser en la escasez de los datos o en la necesaria selección de los mismos que el autor ha considerado prudente imponerse. Sí es considerable el espacio dedicado, también esta vez en parte de la mano de López-Cañete, a la recepción española del *Agr.*, que en algunos momentos se trata vinculada a la recepción general de la obra de T. Para acabar ese apartado de la pervivencia vuelve M. a la recepción anglosajona del *Agr.* y, concretamente, a la opinión de Trilling que evoca “la única frase de él que todo el mundo conoce”, la del jefe britano Calgato contra el imperialismo romano: *...ubi solitudinem faciunt pacem appellant* (*Agr.* 30.5), la “pace del sepulcro” –nos permitimos añadir nosotros confiando en la benevolencia de M.–, aquella que el Marqués de Posa espeta a Felipe II en el Verdi que traduce a Schiller.

En el apartado dedicado a las ediciones y traducciones del *Agr.* (lvi-lxiv), M. empieza señalando justamente que el descubrimiento del *Aesinas* a principios del s. XX marcó un claro punto y aparte en el esclarecimiento crítico de la obra. M. elude aquí ofrecer un repaso detallado de la historia editorial del *Agr.* y se limita a glosar las traducciones y ediciones producidas en el ámbito hispánico. M. suscribe la opinión de Sanmartí según la cual en España no ha existido una tradición de comentarios y ediciones que tuvieran

como objetivo el establecimiento del texto, y resalta (lxxxiii) la novedad que en ese sentido ha representado la edición de López-Cañete (2013).

Por último (lxxxiv-lxxxv), M. indica que su edición presenta un “texto revisado” que toma como primer punto de partida el de Koestermann (1970), pero que ha tenido también en cuenta las ediciones de Saint-Denis (1942 [no 1042]), Lenchantin de Gubernatis (1949), Till (1961), Ogilvie-Richmond (1967), Ogilvie (1975), Delz (1983; 2010²), Forni (1962), Soverini (2004), López-Cañete (2013) y Woodman (2014). De estas ediciones proceden fundamentalmente las lecturas de **A**, **B** y **T** (citados de forma muy restringida, puesto que son irrelevantes para el establecimiento del texto cuando se dispone de **E**), pero también de las ediciones antiguas. Por otra parte, M. sí realizó una colación personal del *Aesinas* a partir de la reproducción publicada por Till (1943)⁴, lo que sin duda es de agradecer (se puede comprobar, por ejemplo, en su aparato crítico en *Agr.* 15.3, donde M., p. 18, anota “delectus **E**, *ubi perperam dilectus edd. legunt*”, contradiciendo el testimonio, por ejemplo, de Delz⁵; en el código, f. 56^v, la primera vocal no está muy bien definida, pero parece que se trata, efectivamente, de una *e*)⁶. Asimismo, M. señala que en su aparato ha restringido la cita de contribuciones modernas a los pasajes que Ogilvie, Saddington, Wellesley, Murgia y Martin señalaron como *loci disputati*.

Germania

Pasamos ahora a considerar el estudio que M. dedica a uno de “los cien libros más peligrosos que jamás se hayan escrito” (Momigliano), si no es que se trata de *El libro más peligroso*, como quiere Krebs, que así titula su libro dedicado a la *Germania* (en adelante *Germ.*) de T.

Por lo que hace a la fecha de composición de la obra aduce M. los datos que arrojan la datación tradicional, en el 98 o muy poco después, pero da cuenta también de la hipótesis (Schuhmann) que da como *terminus post quem* los años 103-106. Por su parte Tscherniak sostiene que la *Germ.* comenzó a elaborarse en la época de Domiciano, y también como un trabajo preliminar, al igual que habíamos visto en el caso del *Agr.*, para la composición de una historia de Roma bajo los Flavios.

Dedica M. un importante apartado (cxviii-cxxiii) al examen de la posición de la *Germ.* en la tradición etnográfica antigua y puntualiza que, efectivamente, cabe hablar más de una tradición que de un género o, en todo

⁴ Unas fotografías antiguas del código pueden ahora consultarse en <http://id.lib.harvard.edu/alma/990072856120203941/catalog> [19/08/2018]. La reproducción viene precedida de una interesante nota sobre las vicisitudes del ms. durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

⁵ Delz, *Agricola*, 12.

⁶ M. también indica que ha tenido a la vista el manuscrito también para la *Germ.*, pero reconociendo que para esa obra se trata solo de “uno más de los códigos a considerar” (cxc).

caso, de una variedad literaria que primeramente se presentó como *excursus* de “obras históricas, geográficas, paradoxográficas o enciclopedias y solo en ocasiones parece haber alcanzado el formato de monografía externa”. Fueron Trüdiger, primero, y Norden poco después quienes decididamente colocaron la obra en la ya larga cadena literaria de la etnografía que empezó en los creadores jonios de la prosa griega. Así pues, señala M., T. tenía a sus espaldas varios siglos de tradición etnográfica griega y latina, a la que pasa breve revista (cxx-cxiii). Mommsen, sin negarle ese carácter etnográfico, la consideró como, otra vez, un “trabajo preliminar” (“Vorarbeit”) para la redacción de las *Historiae* y Paratore abundó en esa opinión.

A la estructura y contenido de la *Germ.* dedica M. el siguiente apartado de su *Prólogo* (cxxiii-cxxviii) en el que se basa fundamentalmente en la importante edición y comentarios de Gudeman. M. resigue la bibliografía posterior, se detiene en los puntos más debatidos, que analiza con su acostumbrado buen criterio, y destaca cómo T. renuncia a tratar lo que designa como *cetera iam fabulosa* (46.4) no solo porque ya ha llegado en su descripción al último confín de la Germania, sino porque se trataría de *mirabilia*, hechos y cosas fantásticos que no está en su intención abordar.

Es verdad que decir, como hace Lund en su investigación de las fuentes de la *Germ.*, que estas se remontan en última instancia a “informantes nativos” parece ser lo que M., al comenzar el apartado dedicado a esa cuestión (cxxix-cxxxiii), llama castizamente una perogrullada. Lo que hay que determinar es cuáles son las fuentes intermedias y cuál su fiabilidad. Gudeman las divide en fuentes primarias, que serían las noticias recabadas por T. en Germania y fuentes secundarias, las facilitadas por textos literarios o por informes de viajeros y no cree en la existencia de las primarias. Norden concede alguna mayor importancia al material transmitido oralmente y a lo que él llama informaciones “medio literarias”, básicamente relatos de comerciantes y viajeros familiarizados con Germania. A continuación, M. da cuenta de la opinión mayoritaria, a saber, que T. trabajó sobre todo con fuentes literarias, y resume lo que podríamos llamar doctrina común al respecto, destacando que, si bien es César la única fuente expresamente citada, probablemente es de Plinio el Viejo, concretamente de su obra perdida *De bellis Germaniae* y, en menor medida, de su *Naturalis Historia*, de donde en mayor medida depende T. Finalmente cita M. la opinión de Syme, quien sobre la posibilidad de que T. trabaje sobre buena información cercana a las fuentes primarias expone su “strongly negative verdict”. M. cierra con hábil y modesta *recusatio* (“Syme dixit, y nosotros no nos sentimos con fuerzas para discutir su parecer”) este aparatado dedicado a la *uxata quaestio* de la *Quellenforschung*.

Más debatida todavía es la siguiente cuestión que se estudia (cxxxiii-cxxxviii), la de las *intenciones* (relevante cursiva del autor) u objetivos de la *Germ.* Antes de entrar en materia, M. expone muy acertadamente unas precisiones de carácter metodológico entre las que destaca su opinión de que este

tipo de cuestiones, al tratarse más bien de un juicio de segundas intenciones, es decir de las latentes pero no expresadas por el autor, “plantean al estudioso un desafío más atrayente”. Expone a continuación el estado de la cuestión a partir de la opinión de Borzsák quien establece que a T. le interesaba desenmascarar la propaganda oficial de Domiciano sobre el supuesto sometimiento de la Germania, propaganda que intentaba cubrir el fracaso de la expedición del emperador al confrontarla con la realidad de la Britania dominada por Agrícola. Otros autores (Timpe, Lund) subrayan el objetivo, eminentemente político, del libro: describir la *Germanorum libertas* (37.3) como opuesta a la situación política de Roma bajo el Imperio. Intencionalidad política descubren también Nesselhauf y Rives, estableciendo este último que no hay razón para buscar una única motivación de la *Germ.*, sino un complejo de ellas. Con buen criterio, en fin, propone M. una opción “más llana y sencilla [...] que entonces, como ahora, la literatura sobre pueblos y extraños y lejanos tuviera un público curioso propio, a cuyas demandas trataran de responder T. y otros autores con obras como la *Germania*” (cxxxviii).

La cuestión de hasta qué punto podemos considerar la *Germ.* como fuente histórica y cuál es su fiabilidad es la que el autor desarrolla en las siguientes páginas de su obra (cxxxix-cli). M. pasa revista a opiniones de los estudiosos (Norden, Lund, Rives) que advierten que en la descripción de la *Germ.* y de sus habitantes T. se conforma con los planteamientos de la etnografía antigua, utilizando una serie de “estereotipos” (Rives) –los “Wandermotive” de Norden–, cuando no atribuyendo a los germanos virtudes propias de los antiguos romanos. Cerca de eso está la llamada *interpretatio Romana*, por medio de la cual T. “establece analogías o contrastes explícitos” entre instituciones, ritos, dioses romanos y germanos. Cuando esa relación se establece en el terreno moral y se adentra en el tópico de la comparación entre la pureza de la sociedad primitiva y la corrupción de la sociedad urbana y desarrollada estamos, advierte M., ante el “mito rousseauniano” de la idealización del salvaje. Son estos hechos los que imponen cautela a la hora de tratar de la fiabilidad de la *Germ.* Pero cuestionarse esa fiabilidad es algo que inquieta a las posiciones “ortodoxas”, léase “alemanas” que, sobre todo a partir de los años veinte del siglo pasado, consideran la *Germ.* como un “documento histórico indubitable”. Es el caso de la interpretación pangermanista de Peterka y de trabajos (Bickel, Naumann) que cada vez se acercan más peligrosamente a las tesis racistas y a conceptos y expresiones que preparan el camino de la funesta recepción alemana de la *Germ.* en el nacionalsocialismo. No extrañará que después de la guerra se volviera a una actitud crítica en cuanto a la utilización de la *Germ.* como fuente histórica, devaluándola como tal y considerándola sobre todo como literatura. M. pone de relieve lo que tiene de oscilación pendular esa reacción y da cuenta de las posiciones conciliadoras de Rives y Krebs.

Como punto de partida para su tratamiento del tema de la lengua y el estilo de la *Germ.* (cli-clviii), M. recoge la opinión establecida de que, mientras que en el *Agr.* tiende hacia el estilo de Séneca, en la *Germ.* T. se vuelve hacia Salustio (Perret, Syme). Pero M. advierte de que ya en la *Germ.* “se aprecian [...] la expresión característica y los recursos que hacen inconfundible la prosa de T. historiador” (cli-clii), de suerte que la evolución de su estilo más bien procede de la diferente dosificación de esos recursos. Es de nuevo el estudio de Gudeman sobre el estilo y recursos retóricos de la *Germ.* el más sistemático y completo, a pesar de su brevedad, y el que mantiene toda su validez, así que M. lo sigue en las páginas que siguen (cliv-clvii). Finalmente el autor enriquece ese tratamiento exponiendo una serie de ejemplos muy bien elegidos de típicas *sententiae* –esas con las que T. corona algunos capítulos del libro y que son tan características de su estilo (clvii-clviii).

A continuación (clviii-clxxv), M. pasa a tratar la tradición manuscrita de *Germ.*, más compleja que la del *Agr.* La *Germ.* se conserva en unos 30 códices del s. XV que, en último término, se remontan al *Hersfeldensis*, pero con fuertes discrepancias entre los editores sobre el valor y genealogía de los mismos, lo que, naturalmente, ha condicionado profundamente la historia editorial del texto (y, por esa misma razón, M. ha decidido abordar los dos aspectos de forma más o menos conjunta). Al tratarse de un texto revisado, para el que no ha realizado una *recensio* personal de los mss., M. procede a recoger las distintas posiciones que han existido y admite, de entrada, que hay 9 mss. que se consideran fundamentales “a la hora de establecer el texto del arquetipo” (clx) y que coinciden, por cierto, con los 9 que Önnersfors⁷ empleó preferentemente en su edición y, en buena medida, con los 7 mss. principales de Winterbottom⁸. Finalmente, después de resumir las diversas valoraciones que se han hecho de los distintos mss., M. acaba por compartir la opinión de Perl de que, a fin de cuentas, la teoría estemática resulta poco útil para el establecimiento del texto (clxxii), lo que no es de extrañar si, como parece, los mss. de la *Germ.* sufrieron cierto grado de contaminación y, como advirtió Murgia y M. recuerda, el *Hersfeldensis* contenía ya variantes alternativas (como hemos visto más arriba a propósito del *Agr.*).

Por ello, acertadamente y siguiendo la recomendación de Murgia, M. rechaza (cxci) el sistema de cita de los mss. por “familias” a la manera de Winterbottom y prefiere citar los códices *separatim* como Önnersfors. No hay, de todos modos, un reconocimiento explícito sobre a qué editores debe más el texto de la *Germ.* que presenta M.

Luego (clxxv-clxxvi), M. dedica aproximadamente el espacio de una página a recordar algunos los comentarios más importantes de la *Germ.*,

⁷ A. Önnersfors (ed.), *Corneli Taciti libri qui supersunt*, Tom. II, Fasc. 2, *De origine et situ Germanorum liber*, Stutgardiae 1983.

⁸ Winterbottom, Ogilvie, *Opera minora*.

empezando por el monumental de Müllenhoff, para pasar rápidamente a mencionar las traducciones de la *Germ.*, con especial énfasis en las hispánicas (clxxvi-clxxviii).

Largo y enjundioso es el apartado dedicado a la *Germ.* en la posteridad (clxxviii-cxc). La fortuna de esta monografía es especialmente rica y compleja, cuando no dramática, en Alemania, como sería de esperar. En época humanística es Conrado Celtis quien basa en la *Germ.* la lección inaugural de 1492 en la Universidad de Ingolstadt donde defiende la primacía del emperador sobre el papa. Ya antes, en 1458, Eneas Silvio Piccolomini (más tarde Pío II) saca “la *Germania* a la palestra cultural e ideológica con su *De ritu, sito, moribus et condiciones Germanorum*” (1458) donde se alaba la acción de la romanidad civilizadora, léase de la Iglesia Romana, sobre los pueblos bárbaros. En cambio, en Alemania se desarrolla una utilización política de la *Germ.* con motivos recurrentes y de muy diversa índole: por ejemplo, para defender la germanidad de Alsacia; o alimentando “la hoguera de la rebelión antirromana que atizaba Lutero” (clxxxii). El siglo europeo por excelencia del tacitismo, el s. XVII, vuelve su atención sobre todo a las obras mayores de T., pero M. ha espigado entre las fuentes y la literatura secundaria algunas muestras de la pervivencia de la *Germ.* al lado de aquella corriente más impetuosa. No fue la Ilustración una época especialmente receptiva para la *Germ.*, aunque en Francia Montesquieu y en Alemania Herder la conozcan bien. En cambio, el Romanticismo alemán, de signo profundamente nacionalista y con su irredenta búsqueda de la unidad “en la Alemania fragmentada en pequeños estados, y más desde que su casi milenario *Reich* había sido degradado por el aventurero corso a la subalterna condición de *Imperio Austríaco*” (clxxxiv, estupenda la expresión de M. quien no sin optimismo da por descontado que nadie dudará de quién sea el “aventurero corso”) abrió un camino para la recepción de la *Germ.* que iba a tener consecuencias nefastas. Al llegar aquí M. abre una casi écfrasis sobre el tratamiento de la *Germ.* por los intelectuales y propagandistas del nacionalsocialismo, deteniéndose un tanto en ejemplos conspicuos como el de Rosenberg (clxxxv-cxc, con un error en la numeración de las páginas: la que sería clxxxviii viene como clxxxiii). Lo hace con la erudición a que nos tiene acostumbrados y con una prosa enérgica que llega al patetismo cuando nos recuerda, por ejemplo, y refiriéndose al citado Rosenberg “que en Núremberg subiría los trece peldaños del cadalso sin haber cedido un ápice en el odio implacable a los hijos de Israel”. Estos rasgos de estilo de M. brillan, prudentemente dispensados, entre su sólida prosa científica y constituyen, a nuestro juicio, *repères* muy de agradecer. El final de este apartado dedicado a la fortuna de la *Germ.* incide ya en la cuestión de su tradición manuscrita, puesto que M. lo dedica a la “rocambolesca” anécdota que tuvo como inerte protagonista al código *Aesinas*. Es una historia que tiene sus visos de *thriller*, por lo que sería impropio resumirla aquí, y que, por otra parte, M., suponemos que con media sonrisa, no descarta ver algún día en las salas de cine.

Diálogo sobre los oradores

Al abordar el estudio dedicado al *Diálogo sobre los oradores* (en adelante *Dial.*) M. distingue, naturalmente, en el apartado dedicado al título y a la fecha de la obra (ccxxv-ccxxxviii), la data en la que se desarrolla su acción ficticia de la data real en que T. la escribió. La primera hay cierto consenso en situarla hacia los años 77/78. Las novedades vienen en cuanto se intenta datar la escritura de la obra. Frente a la fecha tradicionalmente aceptada, en torno al 102, y la consideración del *Dial.* como la última de las tres obras menores de T., Murgia la considera la primera de ellas y propone el año 97, un poco antes de la publicación del *Agr.* Un detenido estudio de los *loci similes* con Quintiliano y de las expresiones del *Dial.* que recurren en Plinio el Joven, lo lleva a proponer, respectivamente, un término *post quem* tras la publicación de la *Institutio oratoria* de aquel (ca. 95/96), y el término *ante quem* lo deduce del conocimiento que Plinio muestra del *Dial.*, ya en el primer libro de sus epístolas, que vio la luz en los años 97/98. Brink somete el trabajo de Murgia a una estrecha crítica, para acabar proponiendo una fecha que reconoce “incómodamente amplia”, entre los años 98 y 103.

Aunque tiene consecuencias que afectan a la datación de la obra, la cuestión más importante y polémica que ha suscitado la obra –y que, por lo demás, se imbrica con la de su datación– ha sido la de la autoría del *Dial.* (ccxxxviii-ccliii), pues esta obra es la única de las atribuidas a T. que plantea problemas de autenticidad. M. discierne cuidadosamente dos cuestiones en torno a esa principal: “la previa de en qué condiciones de atribución llegó la obra a la época moderna y la sustancial de si realmente se trata de una obra de Tácito” (ccxxxix). Para solventar la primera debería ser capital el testimonio de los códices y, al respecto, Robinson dejó claro que la tradición manuscrita avalaba la autoría, opinión que Häussler reforzaría estudiando los testimonios de los humanistas del siglo XV. Ahora bien, si esa atribución es acorde con la realidad, si el *Dial.* es o no de T., al margen de que se lo atribuya la tradición manuscrita, ésta es la *uexata quaestio*. Propone M. abrir el tema teniendo en cuenta una prudente observación de Mayer: el autor del *Dial.* no intenta pasar por T., no se trata de un falsario, no estamos ante un *fake*, como dice M. Gudeman había abordado el estilo de la obra en relación con la cuestión de su autenticidad y estableció con toda rotundidad que el argumento estilístico de ninguna manera servía contra la atribución a T. de la obra. Por otra parte, el estilo de un autor antiguo está “condicionado por la elección del género literario en que en cada ocasión se inscriba” (ccxli), de ahí que por ese camino no es probable encontrar argumentos contra la autoría. Recoge a continuación M. el llamado “argumento de Lange”. Reparó este autor en que Plinio el Joven recoge en un pasaje de sus cartas (9.9.2), concretamente en una dirigida a T., unas expresiones empleadas por este en el *Dial.* (9.6 y 12.1), de lo que sacó consecuencias en cuanto a la cronología y atribución positiva de la obra a T. Desde luego frente a estas posiciones

no son menores ni poco autorizadas las que sostienen lo contrario, que el *Dial.* no es de T. Es la opinión de Paratore mientras que Syme –y con ello quedan citados dos gigantes de la investigación sobre T. en el s. XX– no ve razones para negar la autoría de T. Murgia, con cuya datación del *Dial.* M. se muestra conforme, como acabamos de ver, mantiene la autoría de T. en conclusiones derivadas de aquellas sobre la fecha de la monografía. Al lado de tantos y tales nombres es muy satisfactorio comprobar la importancia que da M. a los trabajos del Prof. Ballester, colega nuestro de la Universidad de Valencia, que niega tenazmente la paternidad tácita del *Dial.* M. repasa detenidamente los argumentos de Ballester y observa que, con independencia de que convenzan o no –y M. tras ponderarlos no los ve suficientes ni de tal índole como para negar la atribución–, “la aportación de Ballester contiene una parte positiva y constructiva” (ccli) y arroja nueva luz sobre la proximidad, indudable, del *Dial.* con Quintiliano, a cuyo círculo atribuye Ballester la paternidad de la obra después de dar argumentos de comparación lingüística, ideológicos y literarios, prosopográficos y estilísticos –todos ellos atentamente considerados por M. Son sobre todo estos últimos los que no le parecen convincentes: Ballester, entiende M., parece aplicar a estos autores antiguos la “concepción *buffoniana* del estilo”. Y, frente al famoso aserto de *le style c’est de l’homme même*, afirma con razón que en la Antigüedad clásica más bien *le style c’est du genre même* y de ahí la cautela con que se deben tomar los argumentos estilísticos para apoyar conclusiones referidas a cada autor en particular.

M., en el apartado dedicado a la prosopografía del *Dial.* (cclxiii-cclxxv), observa que los protagonistas de la “tertulia” (castiza palabra que el autor usa a despecho del mal uso que de ella se hace –de la cosa designada– en los *media*) parecen proceder de los que Syme llama “rising Provincials”. De los dos primeros en aparecer en escena, Marco Apro y Julio Secundo, Apro era originario de la Galia y forma parte de lo que con feliz denominación el propio M. llama “círculo de la Narbonense”, al que adscribe a Agrícola y al propio T. Secundo, por su parte, procede también de la Galia, pero no de la Narbonense. Su participación en la conversación es muy poca, desempeñando más bien el papel de espectador o de árbitro del debate. Es Curiacio Materno quien ha planteado mayores problemas prosopográficos, en primer lugar el de si debe ser identificado con otro Materno, un declamador ejecutado por Domiciano en el año 91, a lo que la crítica en su mayor parte da una respuesta positiva. Pero ahora “entran en escena”, escribe M. otros dos candidatos. Señalemos primero para el lector no advertido que no es que entren en la escena del diálogo –y en el contexto del que se está hablando todo apunta al riesgo de interpretarlo así–, sino en la “escena” de la discusión filológica. Efectivamente, los estudiosos han propuesto también el nombre de M. *Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus* y quizá también el del Curiacio y/o Materno citado en Marcial (6.60.3). En fin, afirma M. tras pertinente discusión, no hay razón

para pensar que todos esos Maternos compartan identidad. Avanzado el debate llega a escena, esta vez sí, la del diálogo, Vipstano Mesala, pariente del famoso M. Valerio Mesala Corvino. M. propone, para finalizar este apartado, un ensayo de caracterización de los personajes, especialmente convincente en el caso de Materno, la descripción de cuyo carácter le lleva hasta una sabrosa alusión a Ortega y Gasset, que no sabemos si resulta “inevitable” (cclxxiv, n. 127), pero sí se lee con gusto.

¿Cuál es el tema o los temas del *Dial.*?, esto es lo que se plantea M. en el título del siguiente apartado (cclxxv-cclxxxi). Ya que M. acaba de aludir a Ortega, orteguiana parece ser su propuesta de considerar el *Dial.* como un “documento de historia de las mentalidades”. Hay un terma general que podría considerarse en la estela de la obra perdida de Quintiliano *De causis corruptae eloquentiae*. Es posible, como señala con acierto M., que ese tema tarde un poco en imponerse “eclipsado por las nieblas de los primeros escauceos de Apro y Materno”, pero ese es el “asunto y presupuesto” del *Dial.*

Las anteriores discusiones colocan a M. en la mejor posición para desarrollar el apartado dedicado a la estructura del *Dial.* (cclxxxi-ccciv). Da cuenta de los más importantes estudios dedicados a esa cuestión y emprende él mismo “una paráfrasis más o menos libre” del texto de la obra. En realidad es mucho más que eso porque en el curso de su tratamiento se resumen y cuestionan las opiniones de los estudiosos y se tratan problemas específicos que a su vez se relacionan con otros ya tratados, como el de la prosopografía, u otros que aguardan un posterior tratamiento especial, como el de la tradición manuscrita de la obra. El tema principal no aparece hasta el capítulo 14, con la llegada de Vipstano Mesala, especialmente en su segundo discurso que está mutilado por una laguna entre el cap. 35 y el 36. Antes, en 28.2, ha nombrado una primera causa para explicar la decadencia de la elocuencia, la *desidia iuuentutis et neglegentia parentum et inscitia praecipientium et obliuio moris antiqui*. Para justificar su opinión empieza por referirse al programa de los antiguos sistemas educativos y a compararlos con los modernos. Hay aquí, nos parece, una premonición de las muchas veces que se planteará la *querelle des anciens et des modernes*. En cuanto a la mencionada laguna que quiebra su intervención, se discute su extensión y contenido y se plantea la pregunta de quién es el que está en uso de la palabra cuando vuelve el texto. Sobre esto último hay consenso en que se trata de Materno. Y aquí surge una cuestión peliaguda: el tenor de esta última intervención del personaje y de la obra deriva claramente hacia lo político y, concretamente, hacia una postura claramente antirepublicana. Y eso se compadece mal con la imagen de defensor de la libertad que al principio de la obra ofrecía Materno. Teniendo en cuenta el embrollo prosopográfico sobre Materno ya comentado, no ha de extrañar que algunos propongan resolver “el problema de los dos Maternos” (van den Berg) atribuyendo a dos personas distintas los dos alegatos, pero Strunk, siguiendo a Bartsch, ha dado una sofisticada solución a ese problema sin necesidad de doblar a los Maternos.

Al final de la paráfrasis M. plantea una última e importante cuestión, la de “si sus parlamentos se atienen a una estructura, a un cierto *Aufbau*”, que permita considerar el *Dial.* como una obra unitaria. Tras una discusión de las opiniones controvertidas al respecto M. se inclina por una respuesta positiva a la misma.

M. toma de nuevo explícitamente a Gudeman como guía para desarrollar el apartado dedicado a la lengua y estilo del *Dial.* (cccv-cccxxvi), pero por supuesto enriquece ese “cañamazo” con la discusión de las aportaciones posteriores y de la suya propia. En su elección de los rasgos “de particular interés” de la lengua del *Dial.* expone primero un acertado criterio metodológico: es interesante cuanto suponga un cierto desvío de la norma –mucho menor, por cierto, que el que se observa en su obra mayor–, pero también cuanto suponga una adhesión a ella. Esa norma, afirma, permitirá “despacharse de manera bastante sumaria” con este importante tema. No debe el lector tomarse demasiado en serio el concepto de “sumario” que tiene el autor ni es propio de él y de su dominio de los problemas y de la bibliografía dejarse nada en el tintero de la filología. Así que ahora siguen veintiuna páginas en las que se abordan, por lo que hace a cuestiones propiamente lingüísticas, el vocabulario, el uso de los casos y de los modos, el tratamiento del periodo condicional, el empleo del subjuntivo, el uso de las perífrasis verbales y, en fin, el tratamiento de la concordancia. Por lo que hace a cuestiones estilísticas se atiende a la *collocatio uerborum*, la anástrofe del *cognomen*, la posición de los verbos, la anástrofe del adverbio, el uso de las preposiciones, el recurso a la aliteración silábica, las *figurae uerborum*, el polisíndeton y el asíndeton, la anáfora, el *climax*, la *oratio bimembris* o *trimembris*. M. cierra esta larga e importante relación tratando un “asunto de estilo por excelencia”, por cierto no tratado por Gudeman, a saber el del uso del *numerus* de la prosa oratoria en el *Dial.* Aporta los datos recabados por Mayer, que describe sucintamente, y los enriquece con los datos recabados de sus propias pesquisas (cccxi, n. 249). Este apartado se cierra con la referencia a los estudios que han intentado establecer características de síntesis del *Dial.* extraídas de la observación de los usos antes relacionados. Entre esos estudios destacan los de Gudel quien, además, ha analizado separadamente los rasgos de los parlamentos de cada uno de los intervinientes en el diálogo, en un intento de individualizar el estilo de cada uno de ellos.

La tradición manuscrita del *Dial.* presenta una situación parecida a la de la *Germ.*: el texto está preservado en diversos manuscritos del s. XV que derivan, en último término, del perdido *Hersfeldensis*. M., pues, procede (cccxxvi-cccxxx) a indicar los 12 mss. que se citan de forma constante en su aparato (además de algunos otros citados ocasionalmente: cf. cccxxvi, n. 258) y resume muy sucintamente los diversos y, por lo general, un tanto infructuosos intentos de establecer de forma convincente la relación entre los códices y, de nuevo, se muestra escéptico sobre la utilidad de la distinción de familias “a la hora de obtener un mejor texto” (cccxxvii), siguiendo la línea de Önnersfors en la *Germ.* y de Heubner en el *Dial.* (cf. cccxxvii, n. 259).

Aunque M. en este caso también entiende que la valoración de los mss. va estrechamente relacionada con la historia editorial de la obra, la panorámica sobre las ediciones se presenta esta vez en un apartado específico, que incluye también mención de los comentarios y de las traducciones de ámbito hispánico (ccxxxv-cccxxxviii). Por otra parte, M. recuerda (cccxxxviii-cccxxxix), una vez más, que el suyo será un texto revisado y reconoce su deuda especial con Winterbottom (1975), Heubner (1983), Flach (2005) y Mayer (2001), pero también con los diversos trabajos de Murgia.

Colocado “a la sombra –y nunca mejor dicho– de un vasto *corpus* literario latino concerniente a los mismos asuntos por él tratados”, avisa M. al principio del apartado dedicado al *Fortleben* del *Dial.* (cccxxxii-cccxxxv), no se podía esperar que el impacto de un breve opúsculo –uno más, entonces– fuera importante. De hecho, ningún texto antiguo hace mención ni del *Dial.* ni de ninguna de las obras menores de T. Es posible que en autores tardoantiguos haya alguna no confesada influencia del *Dial.*, señaladamente en Minucio Félix la forma dialogada de cuyo *Octavius* favorece la existencia de posibles deudas de éste con el *Dial.* Se han señalado también (Cabrillana siguiendo a Mazzarino) pasajes de Frontón y de los *Panegíricos latinos* y de Sidonio Apolinar. Todo esto parece apuntar con más dudas que certezas a la recepción del *Dial.* en la Antigüedad y en la *Spätantike*. Arrebatada la atención de los humanistas hacia las recién descubiertas obras mayores de T. y discutida la autoría del *Dial.*, la situación no mejora apreciablemente en el Renacimiento, de manera que la presencia de la obra “apenas trascendió del ámbito filológico”.

EL TEXTO Y EL APARATO CRÍTICO

Aunque M. ofrece, como ya hemos visto, un “texto revisado” y las lecturas de manuscritos han sido tomadas de otras ediciones (con la excepción de E en *Agr.* y, aunque ahí no tiene un valor especial, en *Germ.*), conviene hacer algunas observaciones a propósito del texto y del aparato crítico que lo acompaña. Por dos razones: primero porque, a pesar de que M. diga, por exceso de modestia, no tener un criterio sólido para juzgar variantes y conjeturas (e.g. cxc), no duda en diferir de sus predecesores cuando lo estima oportuno, a veces incluso señalando brevemente en nota los motivos que hay detrás de su elección; en segundo lugar, porque el aparato es notoriamente más extenso que, por ejemplo, el de las ediciones, que podemos considerar estándar, de la OCT (Winterbottom-Ogilvie⁹) o de la Bibliotheca Teubneriana (Delz¹⁰, Önnersfors¹¹, Huebner¹²).

⁹ Vid. n. 2.

¹⁰ Vid. n. 3.

¹¹ Vid. n. 7.

¹² H. Huebner (ed.), *Corneli Taciti libri qui supersunt*, Tom. II, Fasc. 4, *Dialogus de oratoribus*, Stuttgartiae 1983.

En cuanto al texto editado, como es lógico, podemos discrepar con la lectura aceptada aquí o allí por M., pero esto tiene más bien poca importancia, puesto que, por lo general, el texto editado es pulcro y, en los numerosos *loci desperati*, por lo menos plausible¹³. Señalamos, a modo de ejemplo, tres casos en que el texto difiere del de las ediciones estándar, creemos que de forma acertada:

Agr. 23.1 inuentus in ipsa [sc. aestate] Britanniae terminus.

M. acepta la conjetura de Shaw-Smith, *Britanniae* en lugar de *Britannia*, defendida de forma convincente por parte de Woodman¹⁴. Cf. 30.3 *nunc terminus Britanniae patet*; 33.3 *finem Britanniae ... tenemus*. Probablemente se trate de un error por asimilación.

Germ. 13.2 ceteri[s] robustioribus ... aggregantur

El texto transmitido *ceteris*, admitido por la mayoría de editores, no sin dudas por parte de Winterbottom¹⁵, nos parece inaceptable. ¿Quiénes son los *ceteris robustioribus*? M. hace muy bien reivindicando la fácil y excelente conjetura de Lipsius.

Dial. 16.7 Demosthenes uester

La lectura de los códices (**SUEV**) *uester*, rechazada por la mayoría de editores, nos parece plausible a la vista, por ejemplo de 18.1 *Caluus uester*, también puesto en boca de Apro. Era una lectura también defendida, aunque M. no lo menciona, por Murgia¹⁶ precisamente en virtud del mismo paralelo que acabamos de aducir. En favor de *uester* podría citarse también 10.3 *cothurnum uestrum*, que aparece en el primer discurso de Apro. La variante *uidetur* (**BCQ**), editada y considerada como interpolada por la mayoría de editores, se puede explicar con relativa facilidad por razones paleográficas: Murgia sugería, plausiblemente, que la lectura del arquetipo era *uī*.

En sentido contrario, indicamos algunos lugares en que el texto editado por M. nos plantea dudas:

¹³ Debemos señalar que, salvo error u omisión por nuestra parte, M. ha evitado incorporar propuestas propias, ni siquiera en el aparato, probablemente por la misma modestia a la que acabamos de aludir.

¹⁴ A. J. Woodman (with C. S. Kraus), *Tacitus: Agricola*, Cambridge 2014, 212.

¹⁵ Winterbottom, Ogilvie, *Opera minora*, 44.

¹⁶ C. E. Murgia, "Loci Conclamati in the Minor Works of Tacitus", *California Studies in Classical Antiquity* 11, 1978, 159-78, 175-6.

Agr. 22.2 *castellum aut ui hostium expugnatum aut pactione aut fuga desertum*

M. prefiere leer *aut fuga* con **E**², que quizá es “lectio facilior”, mientras que la mayoría de editores prefieren *ac fuga* de **E**, puesto que la secuencia *aut ... expugnatum ... aut ... desertum* recomienda evitar *aut* para coordinar *pactione* y *fuga*. Cabría quizá la posibilidad, como sugiere Woodman¹⁷, de entender *pactione ac fuga* como una hendiadis con el sentido de ‘a negotiated desertion’; es decir, entender que *pactio* y *fuga* no son excluyentes entre sí. ¿Pero podríamos pensar en *uel* o *seu*?

Germ. 3.2 *Vlixen*

Los mss. oscilan entre *Vlixen*, *Vlyxen*, *Vlixem* o *Vlissem*. Los códices, si son de fechas tardías y, especialmente, en lo que se refiere a los nombres propios, tienen una autoridad muy limitada en materia ortográfica. En latín, según parece, la forma correcta es *Vlixem*: cf. A. E. Housman, *JPh* 31, 1910, 259-60.

Dial. 21.1 †*ganuti aut atii de furnio et coranio*†

M. traduce “<C>anuc<io> o A<rrio, por no decir nada> de Furnio y Toranio”, que se corresponde con las conjeturas de Gronovius, *Canutium* en lugar de *ganuti* y *Arrum* en lugar de *atii*, el suplemento de John *dico ne quid loquar* (aceptado por no pocos editores), y la lectura *toranio* de **bH**. Las conjeturas de Gronovius nos parecen bastante probables, mientras que el suplemento de John es solo una plausible tentativa. Quizá habría sido más adecuado editar el texto conjetural con las debidas prevenciones en aparato o en nota.

Dial. 22.4 *sit in apparatu eius et aurum et gemmae, ut sumere in manus et aspicere saepius liceat.*

M. prefiere aquí la lectura de los mss. *liceat*, mientras que casi todos los editores aceptan la impecable conjetura de Agrícola *libeat*. La justificación aportada en nota por M. (133, n. 152) de que se trata de “una oración final que manifiesta una *intención* [cursiva de M.] del hablante” no es una prueba clara a favor del texto transmitido, puesto que la subordinada podría entenderse también como consecutiva. En realidad, la traducción de *liceat* como ‘pueda’ nos llevaría a esperar en todo caso *possit*. Además, el sentido de *liceat* resulta seguramente un tanto débil en este contexto. La conjetura *libeat*, pues, parece preferible.

¹⁷ Woodman, *Agricola*, 209.

En los prólogos al *Agr.* (lxxxv) y *Germ.* (cxci), M. se excusa de la densidad y extensión de su aparato. Sin embargo, aportar el mayor número de lecturas de los manuscritos y de conjeturas no es una “servidumbre propia del editor que reconoce no tener la autoridad necesaria”, como afirma M. (lxxxv), sino que, en nuestra opinión, es un paso imprescindible para el esclarecimiento crítico de cualquier texto antiguo. De algún modo, nos parece significativo que, al abordar el *Dial.*, probablemente la peor transmitida de las obras menores de T., M. ya no sienta la necesidad de excusarse por la extensión del aparato. En realidad, como trataremos de mostrar más adelante, los aparatos podrían todavía presentar más información. Puede servir como muestra de la amplitud del aparato *Agr.* 28.1, uno de los pasajes más controvertidos y más diversamente corregidos de la obra. M. edita la conjetura de Woodman *uno remig<i imper>ante* y en el aparato consigna, aunque de forma algo confusa, soluciones de, entre otros, Puteolanus, Gudeman, Delz, López-Cañete, Huebner o Wellesley. Igualmente, en nota (29, n. 112), M. remite al comentario de Ogilvie-Richmond para otras soluciones. Por contra, Delz¹⁸ cubre rápidamente el expediente con un *alii alia* y Ogilvie¹⁹ pasa prácticamente en silencio el problema textual.

La voluntad de exhaustividad también se manifiesta en un intento de dejar constancia de las diversas soluciones adoptadas por los editores a partir del s. XX. Sin embargo, ello no se ha realizado de manera sistemática y a falta de una justificación (no la hemos encontrado en los prólogos), no está muy claro qué criterio ha seguido M. a la hora de mencionar o no las lecturas adoptadas por parte de los editores recientes. A veces, M. cita bastantes ediciones, mientras que en otros casos se citan sólo algunas o ninguna. Veamos un ejemplo de los dos extremos:

Agr. 3.1 et¹ *codd.*, Gudeman, Koestermann, Till, Ogilvie-Richmond, Ogilvie, Lund (1981), Städle, Oniga, Woodman.
[sic] : set ed. Bipont. (1780) : sed Croll, Halm, Saint-Denis, Delz, Soverini, al.

Agr. 3.2 multi Lips. [sic; en la mayoría de ocasiones el nombre no aparece abreviado] : multis *codd.*

En el segundo caso, probablemente hay que entender que la mayoría de editores aceptan la excelente conjetura de Lipsius, pero habría sido recomendable explicitarlo, como en otras ocasiones:

Agr. 2.1 legimus *codd.*, edd. plerique : uidimus Lipsius (*recte ut opinatur Delz in app. et Mus. Helv.* 27, 1970, 236)

¹⁸ Delz, *Agricola*, 21.

¹⁹ Winterbottom, Ogilvie, *Opera minora*, 20.

Es verdad que indicar cuál ha sido la elección de variantes y conjeturas por parte de los editores en los distintos pasajes de un texto, no constituye *per se* una información relevante para el establecimiento del texto²⁰. Pero, al mismo tiempo, es innegable que, en una disciplina histórica como la nuestra, la historia impresa del texto también tiene su relevancia y, desde ese punto de vista, recoger las lecturas de las ediciones precedentes (o por lo menos de las más significativas) es sin duda una información valiosa. Por esa misma razón, es cuestionable que esa información esté limitada a las ediciones del s. XX. Por poner solo un par de ejemplos, quizá habría sido interesante poder apreciar el impacto sobre el texto de la edición de Lipsius (y de algunas otras históricamente importantes) o del descubrimiento del *Aesinas* para el *Agr*.

En cualquier caso, nos parece que algunos defectos formales convierten los aparatos críticos en el aspecto más irregular del volumen, quizá por falta de una última y exhaustiva revisión de los mismos. Lamentablemente, son demasiadas las entradas de los aparatos que, más que ponerlo en claro, no permiten observar de forma clara y sin ambigüedades el *status quaestionis* del texto y las fuentes del texto editado. Aquí, como es comprensible, nos limitaremos a ofrecer una muestra de los problemas que hemos identificado. Esperemos que una revisión a fondo, en vistas a una deseable segunda edición, pueda enmendar esas carencias.

El orden de las entradas del aparato, en ocasiones, no refleja el texto editado y traducido. En otras palabras, no siempre se reserva en el aparato el primer lugar para el texto editado, lo que puede inducir a confusión. Indicamos algunos ejemplos (reproducimos primero el texto editado y luego la entrada del aparato)²¹:

Agr. 12.3 parte Britanniae

Britanniae parte **eA** : parte Britanniae **B**

Germ. 5.1 arborum patiens

impatiens *codd.*, [falta la coma] *Gudeman, Anderson, Lenchantin* :
 patiens *Tross, Murgia (1979^a, 166)*

²⁰ Cf. J. R. Tarrant, *Texts, Editors, and Readers. Methods and Problems in Latin Textual Criticism*, Cambridge 2016, 135-6.

²¹ Hemos advertido otros ejemplos en *Agr*. 13.1 *potitus sit*; 30.1 *co<is>tis et<iam>*; 43.3 *animo*; 46.2 *decoremus*; 46.4 *obruit*; *Germ*. 12.2 *principes*; 20.1 *ac*; 20.4 *tanto*; 37.2 *Metello et Papirio*; 39.1 *omnes eiusdem[que]*; 40.1 *plurimis ac*; 43.2 *Helysios*; 44.1 *Gotones*; 46.1 *sordes omnium*; *Dial*. 10.8 [*expressis*]; 13.4 *quibus <parcius>*; 14.1 *Messalla*; 14.2 *minime, minime*; 17.3 *qua*; 22.4 *supellectili*; 29.4 *nec ... quidem* [en este caso la conjetura de Gronovius *ne* es claramente correcta]; 31.2 *nec ... neque*; 32.3 *<hu>ius*; 36.2 *persuaderi*; 39.2 *omnia alia depacauerat*.

Dial. 3.3 tu quid Maternus

quod C : quid *cett.*, *edd.* : <inquit> quid *Halm*, *Goelzer* [además, en este caso existe riesgo de confusión con el *quod* que inicia la siguiente frase]

Un caso especialmente significativo es:

Dial. 41.5 si aut uos prioribus saeculis aut illi quos miramur his nati essent ac deus aliquis uitas ac [uestra] tempora repente mutasset, non uobis summa illa laus et gloria ... neque illis modus et temperamentum ... defuisset.

et *Wagener*, *Gudeman*, *Koestermann*, *Winterbottom*, *Flach* : aut *codd.*, *Huebner* • illi *Halm* : istis C : isti *cett.* *codd.* • ac² : et E : om. V [esta entrada debería aparecer después de la siguiente] • aut deus [sic, falta “Δ” = Vat. lat. 4498] *Wagener*, *Flach* : ac deus *cett.* *codd.*, *Winterbottom*, *Heubner* • [uestra] *del.* *Halm* : uitas uestras ac tempora *Bekker*

La prótasis condicional presenta distintos problemas. Materno, creemos, ofrece dos hipótesis distintas: 1) que sus interlocutores hubieran nacido en una época anterior y los antiguos oradores, a su vez, hubieran nacido como contemporáneos de los participantes en el *Dial.*; 2) o que un dios alterara las ‘épocas’. Por lo tanto, la secuencia transmitida y editada por M. *aut ... aut ... ac* no parece óptima. El aparato sugiere que M. quería aceptar, o por lo menos consideró, las propuestas de *Wagener*²² *aut ... et ... aut*, que ofrecen el sentido requerido con unos cambios menores (si quisiéramos acercarnos un poco más a lo transmitido quizá podríamos sugerir *aut ... ac ... aut*)²³.

Por otra parte, la supresión de *uestra* por parte de *Halm*, aceptada por la mayoría de editores, soluciona el principal problema de la segunda alternativa propuesta por Materno: el dios debería alterar tanto la época de los oradores antiguos como la de Apro, Secundo y Mesala. De todos modos, la expresión *uitas ... mutasset* ha suscitado ciertas dudas, puesto que, según parece, el

²² La primera entrada del aparato es poco clara, puesto que el lector no puede entender de inmediato que el *aut* afectado por la conjetura de *Wagener* es el que hay en los mss. después de *saeculis*. Hay por cierto, una errata en la referencia bibliográfica al trabajo de *Wagener* (cccl-xii). La cita correcta es A. *Wagener*, “Les travaux de Monsieur G. Andresen sur le *dialogus* [no *dialogue*] de oratoribus”, *Revue de l’instruction publique en Belgique* [no *Bergique*] 20 [no 10], 1877, 257-84. El pasaje en cuestión se trata en 283-4.

²³ Debemos asimismo indicar, en contra de lo que dice M., que tanto *Koestermann* (*P. Cornelii Taciti libri qui supersunt*, edidit E. *Koestermann*, tom. II, fasc. 2, *Germania, Agricola, Dialogus de oratoribus*, Lipsiae 1949, 109) como *Winterbottom* (*Opera minora*, 106) editaron el texto transmitido *aut ... aut ... ac*.

dios debería cambiar los *tempora*, pero no necesariamente las *uitas*. Wagener sugería *uetera ac uestra tempora*, que, aunque tampoco nos parece una solución satisfactoria, consideramos mucho más interesante que la propuesta de Bekker. Por su parte, Andresen²⁴ consideró *ac deus ... mutasset* como una interpolación, lo que constituye una solución drástica que renuncia a intentar enmendar el texto. Quizá *uitas ... mutasset* se puede defender confrontándola con Cic. *Sull.* 69 *neque cuiusquam repente uita mutari* [sc. *potest*] *aut natura conueriti*.

Otro error recurrente de los aparatos críticos, especialmente en *Agr.*, es que M. no es coherente al seleccionar el tramo de texto en que se encuentra el término o los términos objeto de crítica, lo que resulta desconcertante y obliga al lector a elucubrar para comprender qué texto ofrece cada testimonio manuscrito o cuál es la propuesta de los distintos eruditos. Ello provoca, además, que en ocasiones el lector extienda sus dudas hacia otras entradas que, en principio, son impolutas. Véamoslo con un ejemplo, en el que, además, el orden de las entradas tampoco parece óptimo.

Agr. 10.3 unde et in uniuersum fama est; sed transgressis inmensum et enorme spatium ...

unde et in uniuersum fama est transgressis unde et uniuersis fama sed e [...] : fama est transgressa sed *Rhenanus* : fama; sed transgressis *Peerlkamp* (post *Doederlein*, *Feilitzsch*), *Woodman* : fama; (:) sed transgressis *Peerlkamp*, *Ogilvie-Richmond*, *Ogilvie*, *Soverini* : fama. sed transgressis et *Gudeman* post *Purser* : fama est transgressis **AB** : fama est. transgressis *Delz*, *Oniga* : est secl. *Schömannn* [sic], *Anderson*, *Koestermann*, *alii* : unde et uniuersis fama add. **A^m** : unde... fama. sed <...> transgressis *Städele*, *alii alia*

A nuestro modo de ver, el aparato no permite que el lector comprenda de forma clara cuál es la fuente del texto editado. Parece que se trata del texto de *Peerlkamp*, citado por duplicado en el aparato, con el añadido de *est* como parece estar en los mss. y en *Delz*²⁵. Además, los mss. **AB**, en lugar de *fama est sed transgressis* editado, leen *fama est transgressis sed*²⁶, lo que explica mejor la conjetura de *Rhenanus*.

²⁴ G. Andresen, "Emendationes Taciti qui fertur dialogi de oratoribus", en F. Ritschel (ed.), *Acta societatis philologiae Lipsiensis* I, 1871, 103-82, 176-7.

²⁵ *Delz*, *Agricola*, 7.

²⁶ No hemos podido verificar la lectura de **A** (Roma, Biblioteca Vaticana, Vat. lat. 3429), pero así consta en el aparato de *Ogilvie* (*Opera minora*, 9); sí, en cambio, hemos verificado la lectura de **B** (Roma, Biblioteca Vaticana, Vat. lat. 4498).

Dificultades similares, se encuentran en los aparatos de *Agr.* 9.3 *tristitiam et arrogantiam et auaritiam exuerat*; 12.5 *[pecudumque] fecundum*; 13.3 *auctor iterati operis*; 16.4 *pacta ac exercitus licentia <et> ducis salute*; 20.3 *ut <haec ut>*; 22.2 *aut fuga*; 24.1 *differunt; in melius*; 28.1 *et uno remig<i imper>ante, suspectis duobus eoque interfectis*; 31.4 *in paenitentiam parati*; 34.2 *ignauorum et timentium*; 36.3 *equitum turmae*; 36.3 *<ut> fugere couinnarii*; 36.3 *equestris ea pugnae facies*; 42.2 *paratus simulationi*; 42.4 *plerique per abrupta*; 43.2 *adfirmare*; 44.4 *opibus ... contigerant*; 44.4 *filia ... superstitibus*; 45.1 *nos Maurici Rusticique uisus*; *Germ.* 30.2 *Romanae disciplinae*; 37.5 *pulsi. nam*; 38.2 *apud Suebos ... sequuntur*; 38.2 *comptius ... ornantur*; 45.2 *illuc usque, ut fama fert, tantum natura*; 46.1 *ac torpor procerum*; *Dial.* 5.4 *inuenero*; 7.3 *<sunt> in urbe*; 8.1 *non minus <notos>*; 15.1 *oratorem esse contenderes <parem> antiquis*; 19.1 *†qui usque ad Cassium†, quem*; 21.1 *†ganuti aut atii de furnio et coranio†*; 26.8 *ante Ciceronem ... post Gabinianum*; 27.1 *parce*; 29.1 *[et uirides] teneri statim et rudes*; 32.3 *<hu>ius*; 32.6 *non rhetorum <officinis>*; 40.1 *populi ... uterentur*; 40.4 *sicut indomitus*. Nos parece asimismo que las entradas correspondientes a *Dial.* 16.6 *uideatur* y 16.7 *uester* se han mezclado.

Otra dificultad de lectura del aparato, probablemente más responsabilidad de la editorial que del autor, es que algunas entradas del aparato no aparecen en la página que les corresponde. Lo hemos apreciado en las pp. 16, 43, 53, 55, 58, 65, 70, 115 y 116.

Para concluir este apartado, en consonancia con lo que decíamos a propósito de la cita de las lecturas adoptadas por los distintos editores, hay que lamentar que, como algunos de sus predecesores, M. no haya tenido también en cuenta, de primera mano, algunas ediciones y conjeturas antiguas. Ello es especialmente necesario en el caso del *Dial.*, puesto que se trata de un texto bastante mal transmitido y en el que todo progreso, según parece, debe pasar por la enmienda conjetural. En realidad, esto no es una crítica tanto a M. y a la edición que reseñamos como a los editores de las obras menores de T. en general. Algunas conjeturas que pueden parecer arbitrarias, pueden servir para alertar al lector de posibles problemas del texto y pueden ayudarlo a interpretarlo con mayor atención. Ahí van, pues, unas pocas notas, sin ningún ánimo de exhaustividad, para los primeros diez capítulos del *Dial.* Los datos proceden de la edición de Ernesti²⁷.

²⁷ C. *Corneli Taciti opera ex recensione Io. Augusti Ernesti*, Tomus secundus, Lipsiae 1772. El *Dial.* está editado en 525-76. Las notas de Heinsius al *Dial.* están en 751-2.

Dial. 3.3 maturare libri huius editionem festino

Gronovius sugirió *gestio*, que es muy atractivo y digno de mencionarse, aunque puede que sea un cambio innecesario. Heinsius todavía conjeturó *destino* “minima mutatione” y aportó el paralelo de Ov. *met.* 8.151.

Dial. 6.3 homines ueteres et senes

M. menciona la brillante, aunque no incuestionable, conjetura de Heinsius *diuites* en lugar de *ueteres* para evitar la tautología *ueteres/senes*. En sus notas, todavía sugería *locupletes* o *locupletiores* e incluso *caelibes* comparándolo con 6.2 *orbos et locupletes et potentis*. Pero admitía “nondum mihi satisfacio”.

Dial. 6.3 totius orbis gratia

Pithoeus conjeturó hábilmente *urbis*, a lo que Lipsius apostilló “probe”. La conjetura fue aceptada por Pichena. *Vrbis* parece tener algo más de sentido en el contexto inmediato (6.4 *togatorum comitatus et egressus*, etc.).

Dial. 7.3 tum habere quod, si non in alto oritur, nec...

Se trata de un “locus conclamatus”. En el aparato de M. falta la atribución de la conjetura *habere* a Pithoeus. Además, habría sido interesante mencionar algunos intentos de mantener el transmitido *abire* mediante un suplemento: *tum supra me abire* (Lipsius), *tum in caelum abire* (Dousa, Heinsius). Se trata de una opción a considerar, dado que la parádosis del *Dial.* contiene frecuentes lagunas de unas pocas palabras, que deben completarse con suplementos más o menos tentativos (cf., e.g., 5.4 <uel ad uoluptaem dulcius> [cf. 6.1-2], 6.6 <in>; 7.3 <sunt>; 8.1 <notos>; *passim*). Debería mencionarse también la conjetura *in ipso* en lugar de *in alto* de Ernesti, que anticipa la de Nipperdey.

Dial. 7.3 adolescentes, quibus modo recta indoles est

Parece que el primero a editar el texto así fue Broterius, que lo tomó “e MSS. Vatic.”.

Dial. 8.3 Vespasianus, uenerabilis senex et patientissimus ueri

La nota de M. (111 n. 44) a propósito de *patientissimus ueri* remite, siguiendo a Cabrillana, a Suet. *Vesp.* 13, que no justifica realmente el texto transmitido. Mucho más adecuado es Sen. *Dial.* 5.36.4 (citado por Mayer). Antes de Lipsius, según parece, la mayoría de ediciones leían *uir* en lugar de *ueri*. Otros editores se han preguntado igualmente cuál es el sentido de la

expresión y han tratado de corregirla. M. podría haber citado algunos otros intentos: *sapientissimus uir* (Acidalius), *paci intentissimus uir* o *publicae attentissimus rei* (Heinsius, quien proponía todavía otras opciones, aunque ninguna parece muy adecuada a lo que sigue).

Dial. 10.5 minus obnoxium sit offendere poetarum quam oratorium studium

Parece que se trata del único caso documentado de *obnoxius* con infinitivo (cf. *OLD* s. v. 5; *ThLL* 9.2.128.69-71). La construcción normal de *obnoxius* es con dativo. Acidalius conjeturó un brillante *offensae* (cf. 3.2 *offensas Catonis*; 10.6 *nec excusatur offensa*), que M. no menciona (sí la cita Koestermann²⁸). Los copistas habrían podido corromper fácilmente *offensae* en *offendere* al no entender bien la construcción. Por otra parte, la lectura *oratorium* editada por M. parece un error deslizado quizá desde 10.3 *oratorium ingenium*; el paralelismo con *poetarum* exige *oratorum*.

LA TRADUCCIÓN Y LAS NOTAS

Al principio de estas páginas recordábamos que hace ya muchos años M. publicó la mejor traducción española que existe de los *Anales* de T. Pues bien, esta que ahora nos ofrece de sus obras menores, la que acompaña a su texto, no desmerece de aquella. Puede que atrape menos al lector, puede que este no encuentre aquel dramatismo, aquella expresión concentrada y abrupta, aquella despiadada ironía, en fin todo eso que hace de T., al decir de Racine, “le plus grand peintre de l’Antiquité”. Pero la culpa es de T., no del traductor. Dicho de mejor manera, el inconfundible estilo de T., como M. nos ha recordado, está contenido en las obras menores casi solo *in nuce*. Solo al principio de las *Historias* comienza aquella parábola de dificultad creciente, ya descrita por Wölflin y Löfstedt, que progresa en ellas, alcanza su ápice en la primera parte de los *Anales* y se convierte en decreciente en la segunda hasta ofrecer un estilo menos alejado de la prosa clásica. M. habrá tenido que hacer abstracción del estilo que hizo suyo como traductor de los *Anales* para acometer *ingenuus* esta nueva tarea.

Veamos algunos ejemplos de esta traducción, siempre fiel pero que nunca retuerce el castellano, nunca suena a “español de traducción”. Los tomamos preferentemente del *Agr.* Con frecuencia M. nos parece certero en la traducción que elige para una palabra latina polisémica: “personalidad” para *mores* (*Agr.* 1.1), “sumisión” para *patientia* (*Agr.* 2.3) “cálculo” para *ratio* (*Agr.* 6.4), “lánguido y deslomado” para *fractum et elumbem* (*Dial.* 18.5); *luxuria* se vierte por un castizo “desmadre” cuando se resume un texto de Séneca Rétor (cclxxvii), pero es “despilfarro” para referirse al exceso en que

²⁸ Koestermann, *Germania, Agricola, Dialogus*, 76.

nunca cae Agrícola (Agr. 6.5) y “afán de lujo” lo que lleva a los romanos a codiciar el ámbar (Germ. 45.4): son variaciones de virtuoso propias del excelente latinista y traductor que es M. No vacila en amplificar cuando de esta manera vierte mejor el concepto latino, así en “presente generación” por *aetas* (Agr. 1.1), “el propio atractivo de no hacer nada” por *inertiae dulcedo* (Agr. 3.1), “valiéndose de maquinaciones” por *artem* (Agr. 9.4), “buena persona” por *innocens* (Agr. 16.5), “metía en cintura a los que andaban a su aire” por *disiectos coercere* (Agr. 20.2). En alguna de estas elecciones, como en esta última M. recurre con acierto a un tono coloquial, así también en la ya mencionada traducción de “desmadre” por *luxuria* y en el ingenioso empleo de la locución “vaya que sí” por el gramaticalizado *hercule (passim)*. Suele respetar los periodos largos, no demasiado frecuentes en estas obras que todavía no son, valga la expresión, plenamente “tacíteas”, pero no vacila en desglosarlos cuando el resultado en castellano sería demasiado fatigoso. Parece oportuno señalar aquí un pasaje (Agr. 3.2) ciertamente famoso porque es el que contiene la tantas veces citada expresión *grande mortalis aevi spatium*, en el que traducción y anotación nos producen cierta confusión. En la traducción M. opta por cerrar con puntuación una primera oración, la acabada en *interciderunt* y empezar una nueva oración principal en *pauci*, lo que nos parece muy acertado; en el texto latino ha mantenido el largo periodo y no ha cerrado la interrogación hasta *uenimus*. Nada que objetar a este proceder, pero despista un poco lo que dice en nota (p. 5, n. 16), donde se refiere a los que así puntúan con la expresión “algunos propugnan” lo que podría dar a entender que no es su elección; y sí que lo es, a pesar de que no sea ese el texto editado. En otros casos disentimos, con vacilación, de la traducción de M., por ejemplo, en Agr. 9.2 *quia castrensis iurisdictio securae* etc. M. traduce “irresponsable” por *securae*, pero pensamos que “irresponsable” tiene un sentido negativo en español que no está en el latín que se limita a señalar que la jurisdicción militar “no tiene que dar cuentas”, está, como por ejemplo traduce Saint-Denis, “exempte de contrôle”. Por último, no podemos dejar de destacar la traducción de *Dialogus de oratoribus* como “Diálogo sobre los oradores”, que, como dice M. (ccxxv, n. 1), resulta “más estrictamente fiel al sentido” y menos ambigua respecto a la habitual “Diálogo de los oradores”.

La densidad y erudición, siempre bien administrada, de los estudios introductorios se vuelve a dar en las notas, que constituyen un verdadero comentario de estas obras menores de Tácito, donde no hay problema – textual, geográfico, histórico, lingüístico, literario– que no haya sido tratado con la profundidad que permite el espacio destinado a ello, a veces muy generoso, lo que es de agradecer. Es ahí donde M. nos sorprende a menudo, como ya hemos mencionado antes, con “excursiones” propias de su extensa cultura que nos llevan aparentemente muy lejos del tema, pero que lo ilustran de manera inusitada. Ya lo hemos visto, en su estudio sobre la recepción de la *Germ.*, pero hay muchos más ejemplos; así, uno de los aspectos de la

formación militar que importa a Agrícola, *nihil appetere in iactationem, nihil ob formidinem recusare* (Agr. 5.1) le lleva a recordar un pasaje nada menos que de Calderón (7, n. 26); una observación de T. sobre que, para designar entre los germanos a un cuerpo escogido de cien guerreros por pago, *quod primo numerus fuit, iam nomen et honor est* (Germ. 6.3) le recuerda una institución municipal española, la de los “caballeros veinticuatro[s] de los antiguos municipios españoles” (59-60, n. 48); la costumbre entre los germanos de retrasar la iniciación sexual le lleva nada menos que a recordar un pasaje de las *Instrucciones de Palamós*, las que Carlos V dio a su hijo Felipe II antes de ausentarse de España (71-2, n. 92), texto por cierto cuya enorme importancia solía comentar Antonio Fontán, maestro querido de M.; los delatores Marcelo Eprio y Crispo Vibio (Germ. 8.1) le parecen a Michel, registra escrupulosamente M., “haber sido el Fouché y el Talleyrand ... de aquella época”, y eso le lleva a recordar la famosa expresión de Chateaubriand, “le vice appuyé sur le bras du crime” (*Mémoires d’outre-tombe*, 23, 20) que, efectivamente, bien se podría predicar de estos depravados delatores; y no falta Mozart como término de comparación en el lenguaje musical de las repeticiones de expresiones en las obras de T. (Borzsák, p. 21, n. 91). Algunas veces estas excursiones proporcionan referencias casi humorísticas: una descripción del peinado distintivo de los suevos (Germ. 38.2) merece de M. el comentario de que “tal peinado lo llevan también actualmente algunos jóvenes alemanes”; los teatros romanos en la Edad de Plata los describe justamente M. como degradados “por espectáculos plebeyos y de ínfimo gálido artístico (al modo de tantos de la moderna TV)”, arriesgada opinión que compartimos plenamente (cclxix); M. no duda en calificar como “el fútbol de entonces” (cclxxxviii) la “afición a los histriones y la pasión por gladiadores y caballos” (Dial. 29.3), otro arriesgada opinión que también compartimos. Si hemos reseñado con algún detalle aquellas eruditas referencias y estas sacadas de la vida cotidiana es para agradecer al autor que las haya colocado como puntos para solaz entre la seria prosa filológica que es propia del libro.

* * *

En un volumen tan importante, de tan complicada disposición de páginas y tal profusión de notas es imposible que no se hayan deslizado algunas erratas. Señalamos, en primer, algunas significativas en el texto latino: Agr. 14.4 hay que leer *circumuecta* en lugar de *uircumuecta*; 15.1 *fidissimus* en lugar de *fidissum*; 26.2 *paludes et siluae*, no *paludes el siluae*; 30.1 *consensumque* en lugar de *consensusque*; 35.3 falta *ita* después de *constiterat*; 38.1 debe leerse *statim relinquere*, no *deserere*, que se ha deslizado desde la línea anterior (*deserere domos*); 39.2 *occuparet* en lugar de *occupasset*; 45.4 *deficientem* en lugar de *deficientiam*; 46.4 *posteritati* en lugar de *posteritatis*; Germ. 11.1 *maioribus*, no *maioribus*; 14.2 *nisi* repetido; 17.2 debe leerse *nudae brachia*, no *nuda*; 30.1 sobra una *s* en

occassiones; 34.2 falta *ubique* antes de *magnificum*; 44.2 falta *ut res poscit* después de *mutabile*; *Dial.* 1.2 falta coma después de *possumus*; 3.4 falta coma después de *nomina*; 5.4 *fructuosius* en lugar de *fructiosior*; 10.5 *oratorum* en lugar de *oratorium* [ya señalado]; 18.5 *missas* está repetido; 25.7 habría que leer *antiqu<i>orum <Aper> agitare*, según parece, en lugar de *antiqu<i>orum agitare <Aper>*²⁹; 26.1 hay que leer *aut* en lugar de *au*; 30.5 *audientium* en lugar de *aurium*; 33.5 falta *ut* delante de *scientiae*; 37.1 debe leerse *tamquam* en lugar de *umquam*; 38.1 falta *erant* después de *comperendinationes*; 39.2 sobran los paréntesis angulares en *quando*. Señalamos asimismo que *quominus* aparece junto en *Germ.* 28.1, *Dial.* 21.9 y 34.3 y separado en *Agr.* 20.2, 27.2, *Dial.* 3.2 y 3.4. En el aparato, aparte de lo ya señalado: *Arg.* 17.1 no se identifica la fuente de la lectura *[et] terrorem*; *Germ.* 26.2 debe suprimirse “in :” de “in : uices”; en *Dial.* 38.1 debe corregirse “eloquentiam *codd.*” por “eloquentia *codd.*”.

A parte de estas erratas que se refieren al texto latino, algunas más es oportuno señalar. Un mínimo error tipográfico no llega a perturbar la sobria emoción de la piadosa dedicatoria del libro (vii). Por otra parte, en p. xxxv n. 41, en lugar de “22, 2” debe de decir “21, 2”; p. 2, n. 4, en lugar de *fueisset* debe decir *fuisse*; p. cxxiv, en el texto de la página (línea 15) se remite correctamente a los caps. 2-3 de la *Germ.*, pero la nota a pie de página (29) es errónea; p. cxxxii, al final, debe de decir *Treuerorum*; p. cxlii, al final, debe de decir “cuestiones”; p. cxlviii, n. 87, debe de decir “la” en lugar de “ua”; p. clxxxv, l. 20 en lugar de “hacia poder” debe de decir “hacia el poder”; la página que debiera ser clxxxviii aparece como clxxxiii; p. cclviii, n. 82, en lugar de 78 debe de decir 80; p. cclxii, n. 89, en lugar de cdxxxv debe de decir ccxxxv; p. cclxix, n. 109, debe eliminarse el paréntesis después de “virgilianas”; la n. 51 de la p. 60 es confusa: M. se refiere a los “*principes* de que habla el original”, pero el original (*Germ.* 7.1) habla de *duces*, aunque más adelante (13.1 *principum aliquis*) habla de *principes* para referirse a los mismos notables; p. 77 n. 108, “los celtas de allende del Rin” necesitan un verbo; p. 94, l. 11, en lugar de “sus remada” debe de decir “su remada”; en p. 103, n. 8, l. 5 hay un mínimo error creemos que de naturaleza tipográfica, dice IUV en lugar de Ivv, no lo mencionaríamos si no fuera porque parece tener una explicación análoga a la del también mínimo error tipográfico de la p. vii, y son errores interesantes porque pueden ser resultado de un *metakharakterismos* moderno, en el primer caso al verter una posible versalita original en cursiva, en el segundo al verter una posible redonda del original en versalita. También puede ocurrir que la explicación sea más sencilla y casual. En p. 119, l. 8, debe de decir “ejemplos”; p. 150, n. 201, reenvía a unas inexistentes pp. cdlxxxvi ss.

²⁹ En el aparato se indica que Winterbottom apostilló la adición <Aper> por parte de P. Voss con “fortasse recte”, pero, en realidad, Winterbottom (*Opera minora*, 89) hizo tal observación a propósito de la conjetura *antiqu<i>orum*, también de Voss.

Los estudios preliminares a cada obra van seguidos de una extensa –e importante– bibliografía, citada y conocida. Con escrupuloso rigor M. advierte de las veces, muy pocas, en que no ha podido consultar directamente la obra citada. El sistema adoptado para exponer la bibliografía es el de una tabulación en principio muy cómoda: 1. Repertorios bibliográficos, 2. Ediciones, 3. Traducciones, 4. Comentarios, 5. Estudios sobre Tácito y la obra de que se trate y Otras obras citadas. Las repeticiones son inevitables y necesarias: si una edición crítica lleva además comentario, se citará en el apartado 2 y en el 4, etc. Ahora bien, ese sistema se compadece mal con la práctica de citar en el cuerpo del estudio por apellido del autor y año de la obra. El lector se ve obligado a mirar en los cinco apartados y la obra las más de las veces está en uno solo. Probablemente el sistema de la cita de esa manera abreviada aconseja que la bibliografía vaya por orden alfabético en una sola lista. Quizá ese desajuste explica algunos errores o despistes. Así Ballester 2012, debe de ser 2012^a; Moralejo 1983 (por ejemplo, en p. cclxxix, n. 139 y otras veces) no hemos sabido encontrarlo en las listas bibliográficas, suponemos que se trata de la ponencia “La literatura latina en la transición de la República al Imperio”, *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1983, I, 147-202; Norden 1923 (p. 57, n. 33) no está en la bibliografía correspondiente, la de la *Germ.* (¿es quizá Norden 1959⁴ [1920]?); en p. 127 n. 133, suponemos que Norden 1915⁶ es una errata por 1915³; Koestermann 1939 no aparece en la bibliografía correspondiente, la del *Dial.* (y esta vez no sabemos conjeturar la cita correcta).

* * *

El volumen, que se presenta con la elegante forma que caracteriza los clásicos de la colección “Alma Mater”, viene a ser como tres libros en uno. En efecto, cada una de las obras menores de T. ha merecido por parte del editor, traductor y comentador una crítica minuciosa de todos los aspectos que caracterizan individualmente a cada una de las obras, pero, por otra parte, M. no ha regateado las referencias cruzadas cuando se trataba de problemas comunes – por ejemplo: los que plantea el ms. *Aesinas*. Intentando un balance de cómo M. se ha enfrentado a tantos y tan diversos problemas podríamos decir que la traducción es sencillamente modelica, los estudios introductorios y la anotación excelentes. Al respecto, no hay que hacer mucho caso de las protestas de modestia del autor que, desde luego, hace mucho más que resumir o dar cuenta del *status quaestionis*. Por lo que hace al establecimiento del texto, debemos agradecer el intento de exhaustividad y el logro de ofrecer un aparato crítico más amplio respecto a las ediciones estándar –tarea no banal tratándose de obras relativamente mal transmitidas y que presentan numerosos *loci conclamati*. Por otra parte, parece faltarle al aparato crítico una última revisión que hubiera corregido ciertas incongruencias que ya

hemos señalado y que desmerecen el buen criterio de M. en la selección de variantes y conjeturas.

No sería de justicia acabar sin agradecer al Prof. Moralejo esta nueva y brillante incursión en la obra de Tácito, a la que ya había dedicado contribuciones tan altas como, entre otras, su traducción de los *Anales* y de las *Historias*. Ese agradecimiento debe hacerse extensivo a la editorial que ha hecho posible un volumen tan copioso y de tan difícil ejecución.

PERE FÀBREGAS SALIS
Universitat de Barcelona
pfabregasuni@gmail.com

JOSÉ LUIS VIDAL
Universitat de Barcelona
jlvidal@ub.edu

